

## LA ERA DEL POPULISMO

En los últimos años el término “populismo” se escucha no solo en los medios de comunicación, sino que también es habitual oírlo en la calle, en el trabajo o incluso en el autobús, es decir, nos encontramos la palabra hasta en la sopa. Sin embargo, al margen de todos aquellos para los cuales “populismo” no es sino una palabra más de las muchas que enriquecen nuestro vocabulario, muchas de las personas que lo emplean en su vida diaria no saben realmente lo que significa.

El término “populismo” apareció (con un claro carácter peyorativo) en Rusia en 1878 y en Estados Unidos en 1891 como un movimiento rural y de carácter antiintelectualista. Con el tiempo, el sociólogo Edward Shils le dio un nuevo significado definiéndolo como “una ideología de resentimiento contra un orden social impuesto por alguna clase dirigente de antigua data”; lo cual, para que nos entendamos, quería decir que el populismo consistía simple y llanamente en apelar a los sentimientos del pueblo para conseguir ponerlos en contra de la élite. Por si no teníamos suficiente, apareció el filósofo post-marxista Ernesto Laclau para utilizar el término en su obra *Sobre la Razón Populista* (“El populismo comienza allí donde los elementos popular-democráticos son presentados como una opción antagonista contra la ideología del bloque dominante”). Considerándolo así como indispensable para la “radicalización de la democracia”, el adjetivo “populista” consiguió por primera vez una connotación positiva. A día de hoy, partidos como el kirchnerismo en Argentina y Podemos en España se autodenominan “populistas”.

Pero después de tanto debate acerca de qué debemos entender por populismo, uno puede

aún no aclararse. Pues bien, a mi modo de ver, la definición más adecuada y la que más se acerca a nuestro tiempo actual es la ofrecida por Henry Louis Mencken: “Populista es aquella persona que predica ideas que sabe falsas entre personas que sabe idiotas”. Así podemos afirmar sin lugar dudas que a día de hoy tenemos tanto populismo de izquierdas como populismo de derechas. Podemos en España, Syriza en Grecia, Donald Trump en Estados Unidos o el Frente Nacional de Marine Le Pen son algunos ejemplos que muestran claramente cómo el “populismo” se expande por Occidente como la pólvora.

Crisis de refugiados, crisis económica, crisis social, crisis política...todo ello ha creado el ambiente idóneo para que estos partidos hayan ido ganado terreno poco a poco. Un ejemplo muy ilustrativo ha sido el partido ultraderechista francés, Frente Nacional, que consiguió el pasado año en la primera vuelta de las elecciones francesas las mayores cotas de su historia (89% de votos escrutados). ¿Pero en qué contexto? Apenas 3 semanas antes en Francia se había declarado el estado de emergencia a causa de los atentados terroristas que dejaron unos 130 muertos en la ciudad de París.

La estrategia tanto de la izquierda y como de la derecha es bastante simple. Todos ellos se centran en prometer al pueblo lo que el pueblo quiere que le prometan. Y es que cuando las cosas vienen mal dadas la sociedad se vuelve más manipulable y opta por los extremos, que coinciden en que la mala situación de un país se debe a una causa única y siempre fácil de entender para el pueblo, al que le proporcionan las soluciones aparentemente más efectivas, sencillas y, por tanto, atractivas. No olvidemos tampoco que todos estos partidos “populistas” han sido muy hábiles a la hora de utilizar los medios de

comunicación de masas en su favor, como vuelve a ser el caso del ya mencionado Frente Nacional o de Podemos, entre otros.

Ahora bien, ¿cuál es el principal reclamo de todos estos partidos? En el caso de la derecha seguramente sean sus políticas antiinmigración. Frente Nacional, Amanecer Dorado en Grecia o Donald Trump, optan por “echar balones fuera” y culpar a la inmigración (bien sean los latinoamericanos que viajan a Estados Unidos bien sean los musulmanes que huyen de la guerra en el Norte de África) de todos los males de la sociedad, ganándose así el voto de los pobres desesperados en paro o de las élites temerosas de ver sus cuantiosos ingresos perjudicados. No hay más que ver la nueva política antiinmigración (que va mucho más allá de un muro fronterizo entre EEUU y México) de Trump, quien defiende que “suponen una amenaza para la seguridad nacional, son una carga innecesaria en el presupuesto federal, algunos buscan dañar a los estadounidenses mediante el terrorismo y son una amenaza constante a los intereses de EE UU”; o escuchar las palabras del portavoz de Amanecer Dorado: “Somos el único partido que tiene una línea dura con los inmigrantes ilegales. Si no paramos esto, en unos años los griegos serán una minoría en Grecia, y eso no lo vamos a consentir”.

En el caso de la izquierda, estos optan por los cambios e ideas innovadoras aun siendo conscientes de que las probabilidades de éxito de aquello que proponen son más bien escasas. Santiago Míguez, director del Departamento de Sociología y Ciencia Política de la Universidad de A Coruña, defiende esta idea haciendo referencia al nuestro partido más cercano: “Podemos es populista porque algunas de sus medidas comportarían actualmente muchos más inconvenientes que beneficios: la renta básica para todos los ciudadanos, declarar el impago de la deuda soberana o la nacionalización del sistema bancario”. Y como este, muchos otros: en

Venezuela, por ejemplo, sigue acentuándose la distancia entre ricos y pobres.

Dicho esto, puede que dos sean las preguntas que aún le rondan la mente: ¿de verdad el populismo es tan malo?; ¿de verdad puede suponer el fin de la democracia tal y como la conocemos? Hoy en día la etiqueta de “populista” se pone con demasiada facilidad. No toda medida o reforma a favor del pueblo tiene que ser considerada como “populista” en el sentido peyorativo de esta palabra. El populismo será bueno siempre y cuando busque ayudar de verdad a la población de un país a mejorar sus condiciones de vida, y pasará al bando de los “malos” en el momento en que las medidas que promulgue no sean más que una simple estrategia de propaganda política. En referencia a la segunda pregunta, el populismo puede ayudar a la democracia en el sentido de que es capaz de levantar la conciencia crítica de la población y convertirla en inconformista con respecto al sistema político deficiente que se puede estar llevando a cabo en una determinada nación; pero paralelamente a esto me parece muy ilustrativa la respuesta de Francesc de Carreras, profesor de Derecho Constitucional: “El modelo democrático es liberal, mientras que el populista tiende a ser totalitario. Al populismo no le basta con tener representación en el Parlamento, ser oposición, coaligarse con otros partidos, en definitiva, hacer política: es preciso ocupar el Estado, hacerse con todo el poder, no en vano es el verdadero representante del pueblo”.

Si el populismo reportará consecuencias beneficiosas para nuestro país, si la “ola populista europea” supondrá un progreso o un atraso en la democracia quizás solo el tiempo nos lo dirá. Hasta entonces, el debate está abierto.

**Marina MERINO (2º de Bachillerato)**